

de gozo al ver aquel rasgo de intrepidez, le ordenó que fuese a proponer la paz al tirano, pero sin admitir condiciones ignominiosas. Salio inmediatamente el animoso joven, y encontrando a las guardias Tepaneques, obtuvo de ellas que lo dejasen pasar, manifestandoles que llevaba a su gefe una embajada importante. Presentado al tirano, le pidio la paz, en nombre de su rei, y de su nacion, con clausulas decorosas. El tirano respondió que necesitaba deliberar con sus consejeros, y que al dia siguiente daria una respuesta decisiva, y habiendole Moteuczoma pedido un salvo conducto, no le dio otro que el que podria él mismo proporcionarse con su maña, y diligencia: con lo que se restituyó a Megico, prometiendo volver al siguiente dia. La poca confianza, y seguridad que tenia en aquel pueblo, y la brevedad del viage, que no era mas que de cuatro millas, serian sin duda las razones que lo indujeron a no aguardar alli la decision del tirano. Volvio pues a Azcapozalco al dia siguiente, como habia prometido, y habiendo recibido de boca del tirano la resolucion de la guerra, hizo con él las ceremonias acostumbradas entre los caudillos que se desafiaban. Le presentó ciertas armas defensivas, le untó la cabeza, y le puso en ella unas plumas, como se hacia con los muertos, protestandole ademas que por no querer aceptar la paz que se le ofrecia, iba sin duda a ser esterminado él mismo, y toda la nacion de los Tepaneques. El tirano, sin manifestar enojo por aquellas ceremonias y amenazas, le dio también armas para que las presentase de su parte al rei de Megico, y aconsejó a Moteuczoma, que para seguridad de su persona, saliese disfrazado por una puerta falsa de palacio. No habria el tirano observado en aquella ocasion el derecho de gentes, con tanta escrupulosidad, si hubiese previsto que aquel embajador, de cuya vida cuidaba, debia ser el principal instrumento de su ruina. Moteuczoma aprovechó el aviso; pero cuando se vio fuera de peligro, se puso a insultar a las guardias, echandoles en cara su descuido, y amenazandolas con su pronta perdicion. Los soldados lo acometieron: mas él se defendio con tanto valor, que mató uno o dos hombres, y como acudiesen otros, se retiró precipitadamente a Megico, llevando la noticia que estaba declarada la guerra, y desafiados los gefes de las dos naciones.

#### *Guerra contra el Tirano.*

Con esta noticia volvio a revolverse el pueblo, y acudio al rei para pedirle licencia de abandonar la ciudad, por que creia inevitable su ruina. El rei procuró animarlo con la esperanza de la victoria.

“Pero ¿qué haremos, decia la muchedumbre, si somos vencidos?” “Si eso sucede, respondió el rei, desde ahora me obligo a ponerme en vuestras manos, para que me sacrifiqueis, si asi lo juzgais oportuno.” “Asi lo haremos, replicó el pueblo; pero si salis victorioso, desde ahora también nos obligamos por nosotros, y por nuestros decendientes, a ser vuestros tributarios, a labrar vuestras tierras, y las de los nobles, a fabricar vuestras casas, y a llevaros, siempre que salgais a campaña, vuestras armas, y equipage.” Hecho este convenio entre los nobles, y los plebeyos, y conferido el mando de las tropas al valiente Moteuczoma, dio el rei pronto aviso al principe Nezahualcoyotl, afin de que viniese con su egercito a Megico, como en efecto lo hizo un dia antes de la batalla.

No puede dudarse que en la epoca de que vamos hablando, los Megicanos habian ya construido calzadas sobre el lago, para mayor comodidad en sus comunicaciones con el continente: pues de otro modo no pueden entenderse los movimientos, y escaramuzas de ambos egercitos. Sabemos por la historia que las calzadas estaban cortadas por medio de fosos, sobre los cuales tenian puentes levadizos: pero ningun historiador indica el tiempo de su construccion\*. Lo admirable es que en medio de una vida tan llena de calamidades tubiesen animo aquellas gentes de emprender obras tan grandes, y dificiles.

El dia siguiente al de la llegada del principe Nezahualcoyotl, se dejó ver en el campo el egercito de los Tepaneques, numeroso y brillante, no menos por las placas de oro, con que las tropas se habian adornado, que por los hermosos penachos que llevaban en la cabeza, quizas con el designio de parecer de mas alta estatura. Acompañaban su marcha los gritos, y aclamaciones, anuncio prematuro de la victoria. Mandaba aquellas tropas un famoso general llamado *Mazatl*. El tirano Majtlaton, aunque aceptó el reto de su contrario, no quiso moverse de su palacio, o porque creia degradarse, midiendo sus armas con las del rei de Megico, o lo que es mas verosimil, por que temia las vicisitudes de la guerra. Cuando los Megicanos tubieron noticia de los movimientos de los Tepaneques, salieron bien ordenados a su encuentro, y dada por el rei Itzcoatl la señal del ataque, con un tamborcillo que llevaba al hombro, se acometieron con indecible furia las dos huestes contrarias, persuadidos unos, y otros, que de aquella

\* Yo creo que en la epoca de que vamos hablando estaban construidas las calzadas de Tacuba, y de Tepeyacac, mas no la de Itztapallapan, que es la mayor, y en sitio en que es mas profundo el lago.

accion pendia el exito final de la guerra. Durante la mayor parte del dia no se pudo conocer a qué parte se inclinaba la victoria, pues las ventajas que los Tepaneques ganaban, las perdian poco despues. Pero, antes de ponerse el sol, viendo la plebe Megicana que las tropas enemigas se aumentaban con nuevos refuerzos, empezó a desanimarse, y a proferir en quejas contra sus caudillos. “¿Qué hacemos? decian. ¿Sera preciso sacrificar nuestras vidas a la ambicion de nuestro rei, y de nuestro general? ¿Cuanto mas saludable no seria rendirnos, confesando nuestra temeridad, para conseguir el perdon, y la vida!”

Oyó el rei con sumo pesar estas voces, y viendo que con ellas se desalentaba mas y mas la gente, llamó a consejo al principe, y al general, para pedirles parecer, sobre lo que convendria hacer para exitar el valor de las tropas, que tan abatido parecia. “¿Qué! respondió Moteuczoma. Combatir hasta la muerte. Si morimos con las armas en la mano defendiendo nuestra libertad, haremos nuestro deber. Si sobrevivimos vencidos, quedaremos cubiertos de eterna confusion. Vamos, pues: vamos a morir.” Ya empezaban a prevalecer los clamores de los casi vencidos Megicanos, entre los cuales hubo algunos tan viles, que llamando a sus enemigos les decian: “¡O fuertes Tepaneques! ¡dueños del continente! refrenad vuestro enojo; nosotros cedemos. Si quereis, aqui a vuestra vista daremos muerte a nuestros gefes, para merecer de vosotros el perdon de la temeridad a la que nos ha inducido su ambicion.” Fue tanta la ira que produjeron estos gritos en el rei, el principe, el general, y los nobles, que en aquel momento hubieran castigado con la muerte la infamia de aquellos cobardes, a no haberlos detenido el temor de facilitar la victoria a sus enemigos: pero disimulando su disgusto, gritaron todos ellos de consuno; *vamos a morir con gloria*, y al mismo tiempo arremetieron con tal impetu a los enemigos, que los rechazaron de un foso que ocupaban, y los hicieron volver atras. En el ardor del conflicto, se encontró Moteuczoma con el general Tepaneque, que estaba envanecido con el terror que sus tropas habian inspirado a los contrarios, y le dio tan fiero golpe en la cabeza, que lo dejó a sus pies exanime. Esparciose de subito por el campo el rumor de la victoria, y con ella cobraron vigor los Megicanos, y los Tepaneques se consternaron de tal modo con la perdida de su bravo general Mazatl, que mui en breve empezaron a desordenarse. La noche impidio a los Megicanos continuar sus progresos, y unos, y otros se retiraron a sus ciudades

respectivas, los Megicanos llenos de orgullo, e impacientes por que la oscuridad les estorbaba consumir la victoria, y los Tepaneques desconsolados, y tristes, aunque no enteramente destituidos de la esperanza de vengarse al dia siguiente.

Majtlaton, harto afligido por la muerte de su general, y por la derrota de sus huestes, pasó aquella noche (la ultima de su vida) animando a sus capitanes, y representandoles, por una parte la gloria del triunfo, y por otra los males a que quedarian sugetos, si fuesen vencidos; pues los Megicanos, que hasta entonces habian sido tributarios de los Tepaneques, obligarian a estos a pagarles tributo, si quedaban victoriosos\*.

#### *Conquista de Azcapozalco, y muerte del tirano Majtlaton.*

Vino finalmente el dia que debia decidir la suerte de los tres monarcas. Salieron ambos egercitos al campo, y empezaron con extraordinario furor la batalla, que se mantubo con mucho vigor hasta medio dia. Los Megicanos, animados por las ventajas del dia precedente, y por la firme esperanza que tenían de lograr una victoria decisiva, hicieron tan gran estrago en sus enemigos, que cubrieron el campo de cadaveres, los derrotaron, los obligaron a huir, y los siguieron hasta dentro de los muros de Azcapozalco, esparciendo por todas partes el terror, y la muerte. Viendo los Tepaneques que ni aun en sus casas podian sustraerse al furor de los vencedores, huyeron a los montes distantes diez o doce millas de su ciudad. El orgulloso Majtlaton, que hasta entonces habia despreciado a sus enemigos, y se creia superior a todos los golpes de la fortuna, viendo ya en su capital a los Megicanos, oyendo los sollozos de los vencidos, careciendo de fuerzas para resistir, y temiendo que lo alcanzasen en la fuga, si la emprendia, tomó el partido de esconderse en un *temazcalli*, o hipocausto, de que hablaré despues: pero no tardaron en hallarlo los vencedores, que con gran diligencia lo buscaban, y no bastando a compadecerlos sus ruegos, ni sus lagrimas, fue muerto a palos, y pedradas, y su cadaver arrojado al campo, para que sirviese de pasto a las aves de rapiña. Tal fue el tragico fin de Majtlaton, antes de cumplir los tres años de su tiranico dominio. Asi terminaron la injusticia, la crueldad, la ambicion, y la perfidia de aquel malvado, y los gravisimos

\* De estas espresiones se infiere, que cuando el tirano se apoderó de la corona de Azcapozalco, por muerte de su hermano Tayatzin, volvió a imponer a los Megicanos el tributo que les habia exigido su padre Tezozomoc.

daños hechos por él al legítimo heredero del reino de Acolhuacan, a su hermano Tayatzin, y al rei de Megico. Su memoria es odiosa, y execrable en los anales de aquellas naciones.

Este memorable suceso, que cambió enteramente el sistema de aquellos países, señaló el año de 1425 de la era vulgar, un siglo despues de la fundacion de Megico.

La noche siguiente se emplearon los vencedores en saquear la ciudad, en arruinar las casas, y en quemar los templos, dejando en tal estado aquella célebre capital, que en muchos años no pudiese reparar sus desastres. Mientras los Megicanos, y los Acolhuis recogian los frutos de su victoria, los Tlascalcenses, y Huejotzinques, destacados del egercito, tomaron por asalto la antigua corte de Tenayuca, y el día siguiente, vinieron a unirse con ellos, para apoderarse de la ciudad de Cuetlachtepec.

Los fugitivos Tepaneques, hallandose en los montes, reducidos a la mayor miseria, y temiendo que los alcanzasen allí los vencedores, pensaron en rendirse, y en implorar su clemencia; y para obtenerla, mandaron al rei de Megico un ilustre personage, acompañado de otros nobles de diferentes pueblos de su nacion. Este embajador pidió humildemente perdon al rei, en nombre de sus compatriotas, le prestó obediencia, y le prometió que la nacion entera de los Tepaneques lo reconoceria por su legítimo señor, y que todos sus individuos lo servirian como vasallos. Felicítose al mismo tiempo de la fortuna de los Tepaneques, en medio de tan gran desastre, por tener que someterse a un rei tan digno, y dotado de tan excelentes prendas, y finalmente terminó su arenga, rogándole encarecidamente que les concediese la vida, y la libertad de volver a sus casas. Itzcoatl acogió al embajador con gran benignidad, concedió cuanto le pedia, y prometió recibirlos no ya como subditos, si no como hijos, ofreciéndose a servirles de padre: pero también los amenazó con el último esterminio en caso que osasen infringir la fidelidad que le juraban. Volvieron en efecto los fugitivos para reedificar sus moradas, y para cuidar de sus intereses, y familias, y desde entonces quedaron siempre sugetos al rei de Megico, aumentando con su desgracia el catalogo de las vicisitudes que se observan cada día en la felicidad humana. Pero no todos los Tepaneques se redujeron a la obediencia del conquistador: pues que los de Coyohuacan, ciudad y estado considerable de la misma nacion, se mantubieron largo tiempo ostinados, como despues veremos, en su primer partido.

El rei Itzcoatl, despues de esta famosa conquista, hizo que el pueblo ratificase el convenio propuesto con la nobleza, obligandose a servirla, como siempre lo hizo desde entonces en adelante: pero los que con sus lamentos, y lagrimas habian desalentado a los otros en la pelea, fueron separados del cuerpo de la nacion, y del estado, y desterrados para siempre, como infames, y cobardes. A Motencuzoma, y a los otros que se habian señalado en la guerra, dio el rei la propiedad de una parte de las tierras conquistadas, y otras a los sacerdotes para su subsistencia, y despues de haber tomado las disposiciones necesarias para consolidar su dominio, volvió con su egercito a Megico, a fin de celebrar con publicos regocijos los triunfos de sus egercitos, y dar gracias a sus dioses por la proteccion con que se imaginaba que estos lo habian favorecido.